

bery), iba de viaje, le seguían más de doscientos caballeros, escuderos, pajes é individuos de su servidumbre. Juntamente con él caminaban ocho carros, tirados por cinco poderosos caballos y ocupados de muebles y provisiones: además llevaba doce acémilas cargadas con los cofres que contenían su dinero, su vajilla de oro, sus libros, sus vestidos y sus ornamentos de altar. Cada carro iba custodiado por un enorme mastin montado por un mono (SALISB).

Necesario fue oponerse á las prodigalidades de la mesa por medio de leyes suntuarias. Estas no permitían á los ricos más que dos servicios, ó sea dos especies de manjares; dejaban á los prelados y barones en libertad de comer lo que quisieran, y sujetaban á los mercaderes y artesanos al uso de carne en una sola comida, debiendo contentarse en las demás con leche, manteca, ó legumbres.

## COSTUMBRES.

Encontrábanse por los caminos carrozas ó literas, mulas, palafreos y carros de bueyes, cuyas ruedas seguían conservando la forma antigua. Los caminos se dividían en peageros (*peageaux*) y senderos: su anchura estaba determinada por reglamentos especiales, no pudiendo los de primera clase tener menos de catorce pies. Permitíase en las márgenes de los senderos crecer algún árbol que los cubriera con su sombra, pero en el linde de los otros se debían arrancar todos los árboles, excepto los que entonces se llamaban de abrigo. La servidumbre feudal abrió esa multitud infinita de caminos de travesía que surcan las campiñas francesas.

Aquella era la época de toda clase de maravillas: capellanes, frailes, peregrinos, caballeros, trovadores, todos tenían que referir ó contar alguna aventura. Sentados por la noche alrededor del hogar, todos escuchaban con atención al que contaba las hazañas del rey Artur de Inglaterra, ó las aventuras de Ogier el dinamarqués, de Lanzarote del Lago, ó la historia de algún gran hechicero que cabalgaba en las nubes.

Después de esos cuentos el auditorio se complacía en oír la declamación del juglar contra algún felou caballero, ó la relación de la vida de algún piadoso personaje. Las mismas vidas de los santos recogidas por los Bolandos, participan en algún modo de los brillantes rasgos de imaginación característicos de aquella época: encuéntrase encantos de hechiceros, jugarretas de brujas y malignos espíritus, hombres convertidos en lobos, esclavos rescatados, ataques de salteadores, viajeros extraviados, y que por último venían á casarse con las hijas de sus huéspedes (*San Máximo*); fuegos fátuos que en medio de los bosques revelaban la tumba de alguna virgen, y palacios que al parecer se iluminaban súbitamente.

Habiéndose extraviado San Deicola encontró un pastor y le suplicó le enseñara un sitio donde poder albergarse aquella noche. «No hay ninguno, contestó el pastor, no siendo la morada del poderoso vasallo Weissart, situada en un paraje regado de fuentes.—¿Podrías conducirme á ella? preguntó el Santo.—No me es posible abandonar el rebaño, replicó el pastor.» Deicola fijó su báculo en tierra, y cuando el pastor regresó después de haber acompañado al Santo, vio que su rebaño permanecía pacíficamente echado en torno de aquel bastón milagroso. Weissart, terrible dueño del castillo en que Deicola había pedido asilo, le amenaza por de pronto con mandarlo matar, pero por fin se aplaca á los ruegos de su esposa Bertilde que profesa gran veneración al siervo de Dios. Deicola entra en la fortaleza; los criados se apresuran á servirle y quieren desembarazarle del peso de la capa; el Santo les da las gracias, se la quita con sus propias manos, y la cuelga de un rayo de

sol que entraba por la tronera de una torre. (BOLL. tomo II, p. 202).

Giraldo, natural del país de Gales, cuenta en su Topografía de Irlanda, que estando San Kewen con los dos brazos estendidos haciendo oración entró una golondrina por la ventana de la celda, y puso entre sus manos un huevo. El Santo no bajó sus brazos hasta que la golondrina acabó de poner, y empollar todos sus huevos. En recuerdo de tanta bondad y paciencia se ve en Irlanda la estatua de aquel solitario con una golondrina en la mano.

El abate Turketul poseía un dedo pulgar de San Bartolomé, y con él se persignaba cuando se veía en algún peligro, ó estallaba una tempestad.

Los bárbaros amaban á los anacoretas, considerándolos como soldados de distinta milicia: pero igualmente aguerridos, igualmente inexorables para sí mismos, durmiendo sobre la dura tierra, habitando entre las rocas, complaciéndose en largas peregrinaciones, y en la inmensidad de los desiertos y de los bosques. Así es que hubo ermitaños que dirigieron batallas: por la noche se acampaban en los cementerios, y allí componían y cantaban á la multitud armada el *Dies iræ* ó el *Stabat mater*. Los anglo-sajones vieron nada menos que diez reyes y doce reinas que abandonaron el mundo y se retiraron á un claustro. Sin embargo, á fin de que nadie se deje engañar por el sonido de esas palabras, conviene tener presente que aquellas reinas no eran otra cosa que mujeres de los piratas del Norte que habían venido en sus barcos, y celebrado sus bodas sobre carros como las hijas de Clodoveo el de larga cabellera, hermosas y blancas noruegas que pasaban de los dioses del Edda al Dios del Evangelio, y de los personajes fabulosos de la mitología de aquel país á los ángeles del cristianismo.

## CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES.—VIGOR Y FIN DE LOS SIGLOS BARBAROS.

Desarrollar metódicamente el cuadro de las costumbres de aquel tiempo, sería intentar un imposible y desmentir la confusión de aquellas costumbres. Preciso, es pues, presentar todas aquellas escenas en el mismo desorden en que se verificaban, ó encadenándose en una misma acción y en un mismo momento: no se echaba de ver espíritu de unidad más que en el movimiento general que impelia la sociedad hácia su perfeccionamiento por la ley natural de la existencia humana.

Por un lado se veía campear el ardor de la caballería, por otro la sublevación en masa de los aldeanos; todos los desarreglos de la vida en el clero y todo el ardor de la fe. Quiróvagos, ó monges errantes caminando á pie ó en alguna pequeña mula, predicaban contra todos los escándalos, dejándose quemar vivos por los papas cuyos desórdenes les echaban en rostro, ó ahogar por los príncipes cuya tiranía atacaban. Nobles había que se emboscaban cerca de los caminos y desbalijaban á los pasajeros, en tanto que otros nobles se apoderaban en España, en Grecia y en Dalmacia de inmortales ciudades cuya historia ignoraban. Existían tribunales de amor donde se disertaba con arreglo á todas las fórmulas del escotismo, y cuyos miembros eran canónigos. Véanse por todas partes trovadores y músicos, vagando de castillo en castillo, desgarrando la reputación de los hombres por medio de sus sátiras, y celebrando á las damas por medio de sus baladas; ciudadanos divididos en gremios, celebrando solemnidades patronales en que los santos del cristianismo andaban revueltos con las divinidades del paganismo; representaciones teatrales, milagros y misterios, ejecutadas en las iglesias; fiestas de locos ó de cornudos; misas sacrílegas; sopas comidas sobre el altar; el *Ite missa est* contestado

por tres rebuznos; varones y caballeros comprometiéndose en medio de misteriosos banquetes á hacer guerra á los pueblos, y jurando sobre un pavo ó una garza real hacer proezas en nombre de sus amigos; judíos degollados ó asesinándose mutuamente, ó conspirando con los leprosos para envenenar los pozos y las fuentes; tribunales de toda especie condenando en virtud de toda clase de leyes á todo género de suplicios; acusados de todas categorías, desde el hereje desollado y lanzado á la hoguera, hasta los adúlteros atados por la espalda y espuestos á la vergüenza pública; un juez prevaricador sustituyendo al homicida rico para condenar y un preso inocente... y por última confusión, por último contraste aparecía la antigua sociedad civilizada según la forma antigua perpetuándose en los conventos; las disputas filosóficas de la Grecia renaciendo entre los estudiantes de las universidades, y mezclándose el tumulto de las escuelas de Atenas y de Alejandría en medio del ruido de los torneos, y de los simulacros y evoluciones marciales. Colóquese por último encima y aparte de esta sociedad tan agitada otro principio de movimiento, una tumba objeto de todas las ternuras, de todos los respetos y de todas las esperanzas, atrayendo sin cesar al otro lado de los mares reyes y vasallos, valientes y culpables, los primeros para buscar enemigos, reinos y aventuras, y los segundos para cumplir votos, expiar crímenes y aplacar remordimientos... Hé aquí toda la edad media.

El Oriente, á pesar del mal resultado de las Cruzadas, fue durante mucho tiempo para los pueblos de Europa el país de la religión y de la gloria. Estos pueblos volvían sin cesar los ojos hácia aquel sol hermoso, hácia aquellas palmeras de Idumea, hácia aquellas llanuras de Roma, donde los infieles descansaban á la sombra de los olivos plantados por Balduino, hácia aquellos campos de Ascalon que aun conservaban las huellas de Godofredo de Bouillon, de Coucy, de Tancredo, de Felipe Augusto, de Ricardo Corazon de Leon y de San Luis; hácia aquella Jerusalem, que después de un momento de libertad, había vuelto á

caer en cautiverio, y que se presentaba á los pueblos de Occidente como en otro tiempo á Jeremías, escarnecida de los pasajeros anegada en sus propias lágrimas, privada de su pueblo y sentada en la soledad.

Tales fueron aquellos siglos de imaginación y de vigor que pasaron con todo ese aparato en medio de los sucesos más variados, en medio de herejías, cismas, guerras civiles y extranjeras; aquellos siglos doblemente favorables al genio por la soledad de los claustros para quien la apetecía, ó por una sociedad la más extraña y variada para quien la prefería á la soledad. Ni un solo punto había donde no acaeciera algún nuevo suceso, pues cada señorío lego ó eclesiástico era un pequeño Estado que gravitaba en su órbita y tenía sus facces: á diez leguas de distancia ya no se parecían las costumbres. Ese orden de cosas estremamente perjudicial á la civilización general, daba un extraordinario movimiento al espíritu particular; así es que todos los grandes descubrimientos pertenecen á esos siglos. En ningún tiempo ha vivido tanto el individuo; el rey no pensaba sino en dilatar su imperio; el señor feudal soñaba en apoderarse del Estado de su vecino; el ciudadano en el aumento de sus privilegios, y el comerciante en abrir nuevas sendas á su comercio. No se conocía el fondo de ninguna cosa; nada se había agotado; aquella sociedad estaba por decirlo así, en el átrio; en el borde de todas las esperanzas como el viajero que en la cima de la montaña espera la salida del astro cuyo crepúsculo empieza á verse. Registrábase lo pasado con igual ansiedad que el porvenir, y se descubría un manuscrito antiguo con el mismo placer que un nuevo mundo: marchaba la sociedad aceleradamente hácia destinos ignorados como el jóven que puede disponer de toda una existencia. La infancia de aquellos siglos fue bárbara; su virilidad se manifestó apasionada y enérgica, y por último dejaron su rica herencia á las edades civilizadas que sustentaron en su fecundo seno.

## PRIMERA PARTE.

## PRIMERA Y SEGUNDA EPOCA DE LA LITERATURA INGLESA.

## LITERATURA BAJO EL REINADO DE LOS ANGLO-SAJONES, DE LOS DINAMARQUESES Y DURANTE LA EDAD MEDIA.

DESDE LOS ANGLO-SAJONES HASTA GUILLERMO EL CONQUISTADOR.—BRETONES.

TÁCITO.—POESÍAS ERSAS.

ENTREMOS ahora en las diversas épocas de la lengua y de la literatura inglesa. El lector colocará fácilmente en el cuadro que acabo de trazar, los autores y sus obras á medida que se los irá presentando á la vista. Trátase por de pronto de la época anglo-sajona; mas antes de ocuparnos de ella conviene examinar si bajo la dominación romana quedaba alguna huella de la lengua que hablaron los bretones.

César no nos habla más que de las costumbres de aquellos isleños. Tácito nos ha conservado algunos

discursos de los caudillos bretones: omito la arenga de Caractaco á Claudio, y no citaré más que fragmentos del discurso de Galgaco en las montañas de la Caledonia, abreviándolo.

«...El día de vuestra libertad principia.... La tierra nos falta: la flota romana nos cierra el paso al mar; solo nos quedan nuestras armas. En el más ignorado rincón de nuestros desiertos, no viendo ni siquiera de lejos los límites de los países dominados, nuestros ojos no se han empañado con el contacto de la dominación extranjera. Colocados en los últimos confines de la tierra y de la libertad, hemos vivido hasta el presente defendidos por la fama de nuestra soledad y por las sinuosidades del terreno. Ahora se nos presentan á la vista los lími-

tes de la Gran Bretaña! Todo lo desconocido es magnífico; pero mas allá de la Caledonia no hay que buscar pueblo alguno, no hay que buscar nada sino escollos y olas, y los romanos que han llegado ya hasta nosotros.

«...En la familia de los esclavos el último que llega es el juguete de sus compañeros: nosotros, los mas modernos, y por consiguiente los mas despreciados en ese mundo de la inveterada esclavitud, nada podríamos esperar mas que la muerte, pues no tenemos ni barbechos ni minas, ni puertos donde poder ejercitar nuestros brazos. ¡Animo pues, los que amais la vida, ó la gloria! Las esposas de los romanos no los han seguido; sus padres tampoco están con ellos para echarles en cara el oprobio de la fuga. Llenos de pavor están mirando á ese cielo, á

ese mar, y á esos bosques que ven ahora por primera vez. Encerrados y ya vencidos, nos los entregan nuestros dioses á nuestras manos....

«Aquí está vuestro jefe aquí está vuestro ejército; allí están los tributos, los trabajos, los baldones de la esclavitud. Males eternos ó venganza encontrareis en este campo de batalla. ¡Al combate! Pensad en vuestros antepasados y en vuestra posteridad.»

Después de Tácito que parafraseó algunas palabras de Galgaco conservadas por tradicion en los campamentos romanos, hay un abismo. Quince siglos se pasan antes de volver á oír hablar nuevamente del carácter de los bretones. ¡Hablar, y de qué modo! Macpherson trasportando á Escocia al bardo irlandés Ossian, desfigurando la verdadera historia de Fingal, cosiendo tres ó cuatro retazos de antiguas



TROYADOR REFIRIENDO SUS AVENTURAS.

baladas á una mentira, nos representa un poeta de la Caledonia con la misma exactitud que Tácito nos representó un guerrero. Mas supuesto que no podemos valerlos sino de Ossian, y supuesto que los fragmentos que se podrian citar como procedentes de los bardos, pertenecen mas bien á las diversas especies de cantores, de que hablaré muy en breve, no queda otro arbitrio que hacer uso del trabajo de Macpherson.

Mas como los poemas que John Smith añadió á los que habian publicado el primer editor del bardo escocés, son menos conocidos, citaré con preferencia algunos de sus pasajes.

«Hijas de los aéreos campos de Trenmor preparad vuestra túnica de vapor trasparente y coloreada. Dargo, ¿por qué me has hecho olvidar de Armor? ¿Por qué lo amaba yo tanto? Eramos dos flores que crecian juntas en las hendiduras de la roca; nuestras cabezas humedecidas por el rocío sonrian á los rayos del sol. Esas flores se habian arraigado en la árida roca. Las vírgenes de Morven decian: están solitarias, pero son hermosas. El gamo en su carrera saltaba por encima de esas flores, y el cabritillo respetaba sus tallos delicados.

«El sol de Morven se ha eclipsado para mí. Ese sol

»brilló en la noche de mis primeras desgracias, en defecto del sol de mi patria; mas ahora acaba de desaparecer á su vez, y me deja en eterna sombra.

»Dargo, ¿por qué te has retirado tan pronto?....

»Por todas partes, en el mar, en la cima de las colinas, en los valles profundos, he seguido tus pasos.

»En vano mi padre esperaba que volviese; en vano mi madre lloró mi ausencia; sus ojos midieron con frecuencia la estension de las olas; con frecuencia las rocas repitieron sus gritos. ¡Padres, amigos, fui sorda á vuestra voz! Todos mis pensamientos eran para Dargo; lo amaba con toda la fuerza de mis recuerdos hácia Armor. Dargo, la otra noche gusté el sueño á tu lado sobre los brezos. ¿No habria lugar para mí esta noche en tu nuevo lecho? Tu Crimoina quiere reposar á tu lado, dormir para siempre junto á ti.

»El canto de Crimoina se debilitaba á proporcion que iba llegando á su fin: por grados se iba apagando la voz de la extranjera: los brazos de alabastro de la hija de Lochlin, dejaron escapar el arpa con que acompañaba su canto; Dargo se levanta: Ya era tarde. El alma de Crimoina habia huido con los últimos sonidos del arpa.

Créase lo que se quiera acerca de las traducciones

caledonias de Tácito y de John Smith. Los historiadores mienten algo mas que los poetas, sin exceptuar Tácito, que derramaba su abrasadora palabra sobre los tiranos como se arroja cal viva sobre los cadáveres para consumirlos.

## ANGLO-SAJONES Y DINAMARQUESES.

Habiendo los anglo-sajones sucedido á los romanos, y habiendo venido los dinamarqueses á repartirse

á su vez la Gran Bretaña, seria casi imposible separar literariamente la época de los anglo-sajones de la de los dinamarqueses: por esta razon las presento confundidas.

Los dinamarqueses trajeron consigo sus escaldas y éstos se mezclaron con los bardos galos. Tres cosas no podia perder por razon de deudas el hombre libre del país de Gales: su caballo, su espada y su arpa. Los pueblos enteros en su edad heroica son poetas: cantaban en la guerra, cantaban en el festin y canta-



GALGACO Y SUS COMPAÑEROS.

ban en los funerales: lo que mas temian los hombres de aquel país, era morir como una mujer en el lecho. No habiendo podido Starcather hallar su fin en los combates, se puso una cadena de oro al cuello, y manifestó que se la daría al primer pasajero que tuviese la caridad de desembarazarle de la vida. Siward, conde dinamarqués del Northumberland, avergonzado de envejecer y temiendo ser arrebatado por una enfermedad, dijo á sus amigos: «Ponedme la cota de malla; ceñidme la espada; colocad el casco en mi cabeza; el escudo en mi mano izquierda; el hacha

»dorada en mi mano derecha, y haced que yo caiga en ademán de guerrero.»

En el campo de batalla, los himnos acompañados del choque de las armas, resonaban de un modo tan terrible, que los dinamarqueses, para impedir que sus caballos se espantaran, les embotaban el oído.

Las creencias estaban en consonancia con esas costumbres poéticas. Quince muchachas y diez y ocho mozos estaban bailando en el átrio de una iglesia; el sacerdote que á la sazón estaba diciendo misa, les amonestó que se retiraran, pero los jóvenes siguieron

bailando y haciendo burla del aviso. En vista de esto el celebrante pidió á Dios y á San Magno castigara á los impíos haciéndolos estar un año entero bailando y cantando; la oración fue oída. Uno de los condenados cogió del brazo á su hermana que también figuraba en la danza; aquel brazo llegó á separarse del cuerpo, sin que la mutilada por la justicia de Dios perdiera una sola gota de sangre, ni cesara su furia de bailar. Todo el año estuvo la cuadrilla saltando sin experimentar ni frío, ni calor, ni hambre, ni sed, ni cansancio: sus vestidos tampoco se gastaron. Cuando empezaba á llover se levantaba en derredor de ellos una casa magnífica. Su incesante baile fue socavando la tierra, y toda la comparsa se hundió hasta la mitad del cuerpo. Al cabo del año el obispo Hubert rompió los lazos invisibles que encadenaban las manos de los bailarines, y cayeron en un sueño que duró tres días y tres noches.

Cierta vieja y famosa hechicera llamada Thorbiorga, fue invitada á pasar al castillo del conde Torchill, á fin de que dijera cuándo terminarían el hambre y la peste que afligían al condado. Thorbiorga llegó al caer la tarde: su traje era una túnica de paño verde abotonada de arriba abajo; collar de cuentas de vidrio; una piel de cordero negro forrada con otra de gato blanco cubría su cabeza; su calzado era una piel de becerro con el pelo hacia fuera, sujeta por medio de correas; guantes de piel de gato blanco con el pelo hacia dentro: finalmente, un cinturón alrededor de su talle, de cuyo extremo pendía un saco lleno de brujerías. La vieja sostenía su débil cuerpo apoyándose en un báculo con abrazaderas de cobre. Fue recibida con muchas demostraciones de respeto: sentóse en una silla alta, y comió una sopa de leche de cabra y un guisado de corazones de distintos animales. Al día siguiente después de haber arreglado sus instrumentos astrológicos, mandó á su compañera la joven Godreda, entonar la invocación mágica (*vardlokur*). Godreda cantó con una voz tan dulce, que llenó de placer á cuantos la oyeron. Menguadamente dotado podía en aquel tiempo llamarse quien no hubiera venido al mundo con alguna disposición para la poesía.

Los mismos soberanos no se desdeñaban de dedicarse á ella: Alfredo el Grande y Canuto el Grande, fueron honor de los *walkirias*. Los bardos y los escaldas se solazaban en la mesa de los príncipes, que además los colmaban de regalos: «Si pidiera á mi huésped la luna, decía un bardo, estoy seguro que me la daría.» Los poetas siempre se han manifestado apasionados de la luna.

Cædmon soñaba en verso y componía sus poemas durmiendo. ¡Sueño y poesía!

«Yo sé, decía otro bardo, una canción para embotar el hierro, y otra para disipar la tempestad.» Dábanse á conocer aquellos inspirados por su ademán; tenían el aspecto de ébrios, y sus miradas y sus gestos estaban consagrados por una palabra: *skall-viegl*: (locura poética).

La crónica sajona refiere en verso una victoria que los anglo-sajones alcanzaron sobre los dinamarqueses, y la historia de Noruega conserva el apoteosis de un pirata de Dinamarca, muerto con otros cinco compañeros en las costas de Albion.

«El rey Ethelstan, el jefe de los jefes, el que da collares de oro á sus valientes, y su hermano, el noble Edmundo, han combatido en Bruman-Bengh con el filo de la espada. Han abierto brecha en un muro de escudos, y vencido á los guerreros de mas nombradía, á los de la raza de los Scots, á los hombres de los navíos.

«Ulaf huyó con unos pocos; se fué á llorar sobre las olas. No contará esa batalla el extranjero, sentado al hogar y rodeado de su familia, porque sus parientes sucumbieron, y sus amigos no han vuelto. Los reyes del Norte en sus consejos se lamentarán de

que sus guerreros hayan querido jugar al estermnio con los hijos de Edward.

«El rey Ethelstan y su hermano Edmundo vuelven á sus tierras de Vuest-Sex. Tras de sí dejan apacientándose de cadáveres al cuervo negro de pico afilado, al sapo de monotonos silbidos, al águila hambrienta de carne, al buitre voraz y al lobo de pelo erizado. Todos se están saciando de cadáveres.

«Nunca se vió en esa isla semejante carnicería; nunca perecieron mas hombres por el filo de la espada desde el día que los sajones y los ingleses vinieron del Este atravesando el Océano, desde el día que entraron esos nobles, artistas de la guerra que vencieron á los welsches y conquistaron el país.»

La canción en honor del pirata es la siguiente: «He tenido un sueño: me he visto al despuntar el día, en el salón de Valhalla, arreglando todo para la recepción de los que han muerto en las batallas.

«He despertado de su sueño á los héroes: les he invitado á levantarse, á poner en orden los asientos, á preparar las copas como para el recibimiento de un rey.

«¿De qué proviene ese ruido? dijo Bragg. ¿Por qué razón se andan agitando tantos hombres y removiéndose los bancos? Es porque Erik va á venir, respondió Oden; lo estoy esperando. Levántense todos y salgan á recibirlo.

«¿Por qué te place mas su venida que la de otro rey? es que muchos sitios han quedado enrojecidos de sangre derramada por su espada; es que ha abierto y traspasado gran número de brechas!

«Yo te saludo, Erik, bravo guerrero: entra, y sea feliz el momento en que llegas á esta morada. Dinos cuántos reyes te acompañan; cuántos vuelven contigo del combate.

«Cinco reyes vienen conmigo, contesto Erik, cinco reyes y yo soy el sexto.»

No podía hacer cosa mejor que tomar esta traducción de la *Historia de la Conquista de Inglaterra por los normandos*. Aprovechémonos de los trabajos de Mr. A. Thierry, pero sin dejar de comprender según sus propias expresiones, lo que le han costado. Nuestra admiración crecerá al par de nuestra gratitud.

«Acababa de emprender con ardor, dice Mr. Thierry, una série de investigaciones enteramente nuevas para mí. Por estenso que fuera el círculo de esos trabajos, mi absoluta falta de vista no me habría impedido recorrerlo; estaba resignado como un hombre de corazón debe estarlo; había hecho amistad con las tinieblas. Otras pruebas sobrevinieron. . . .

«Ciego y padeciendo, sin esperanza, y casi sin tregua, puedo dar testimonio de una verdad que á nadie le será sospechosa al salir de mis labios. Hay en el mundo una cosa que vale mas que los goces materiales, mas que la fortuna y mas que la salud, y es el consagrarse enteramente al amor de la ciencia.»

Graves é interesantes palabras que no me dejan arrepentir de haberme separado algo de mi narración.

Ya he dicho alguna cosa acerca de este asunto en mis *Estudios Históricos*. Los marineros normandos celebraban ellos mismos sus correrías:

«He nacido en el alto país de Noruega, entre pueblos que manejan diestramente el arco; pero he preferido izar la vela, terror de los labradores de la costa. También sé lanzar mi barca entre los escollos *lejos de la morada de los hombres*»

Ese Escalda de los mares tenía razón, pues los dinamarqueses fueron los descubridores del Vineland, ó sea la América *lejos de la morada de los hombres*.

Angelverto gimio por la batalla de Fontenay y por la muerte de Hugo, bastardo de Carlomagno. Era tal el furor de la poesía en aquellos tiempos, que se encuentran versos de todo género hasta en los diplomas del siglo VIII, del IX y del X. Un canto teutónico conserva

### TERCERA Y CUARTA EPOCA DE LA LITERATURA INGLESA.

EPOCAS ANGLO-NORMANDA Y NORMANDA-FRANCESA, DESDE GUILLERMO EL CONQUISTADOR Y ENRIQUE II HASTA ENRIQUE VIII.

ROMANCEROS ANGLO-SAJONES.

En pos de la conquista de los normandos viene la edad media y todo principia á cambiar de aspecto. La Inglaterra ha sufrido en su idioma revoluciones desconocidas en los demás países. El *teutónico* de los ingleses desterró el *galicismo* de los bretones á los valles del país de Gales; el *dinamarqués*, el *escandinavo* ó el *gótico* encerró el idioma *ersa* entre los montañeses de Escocia y alteró el *sajon* puro; por último el *normando* ó el *francés antiguo* limitó el *anglo-sajon* solamente á los vencidos.

En tiempo de Guillermo y sus primeros sucesores se escribía y cantaba en latín, en caledonio, en galo, en el lenguaje de los romanceros y algunas veces en romance de los Trovadores. Entonces hubo poetas, bardos, juglares, músicos, narradores ó inventores de cuentos, de fabulas, de proezas, y tocadores de harpa. La poesía se revistió de toda especie de formas y dió á sus obras toda clase de nombres, que apenas tienen equivalencia en ningun otro idioma; endechas, baladas, estancias, canciones heróicas, cuentos, sátiras, letrillas, etc. La denominación de los romances provenía del asunto á que se referían: romances caballerescos, amorosos, de la tabla redonda, religiosos, etc. En una alegoría titulada *Sueño de Dios de amor* se supone que el puente que conduce al palacio del dios, estriva sobre estancias con acompañamiento de laud, el pavimento se compone de letrillas y canciones, las vigas de sonidos de harpa, y los pilares de *tiernas endechas de los bretones*.

Roberto de Courte-Heuse, duque de Normandía, y primogénito de Guillermo el Conquistador aprendió durante su prisión de veinte y ocho años en el castillo de Cardill, junto al mar, el lenguaje de los bardos galos. Contemplando desde las ventanas de su prisión una encina que descollaba en el bosque que cubría el promontorio de Pernath solía decir: «encina que has crecido en medio de los bosques desde donde se ven las olas del Saverna luchando con el mar; encina que dominas esas alturas donde han corrido tantos arroyos de sangre, y que has vivido en medio de las tempestades. ¡Infeliz el hombre que no tiene aun bastante edad para morir!»

Otro príncipe inglés Ricardo Corazón de Leon fue también coronado como trovador. Compuso en lengua romana del Mediodía, que era su idioma materno, unas estancias acerca de su cautividad en Worms. Este Ricardo en concepto de los poetas contemporáneos suyos, no era hijo de Leonor de Guiena, sino de una princesa de Antioquia encontrada en alta mar en un barco de oro cuyajarcia era de seda blanca. Este barco era para los trovadores como la *gran serpiente* para los viajeros.

Las mujeres árabes hacían callar á sus niños amenazándolos con el rey Ricardo, y cuando algun caballero receloso no obedecía al ginete sarraceno que oprimía sus lomos, solía aplicarle la espuela diciendo: «¿Temes que sea el rey Ricardo? Guillermo Blondel (que hay que tener cuidado de no confundir con el romancero Blondel de Nesle) era uno de los artistas que acompañaban á Ricardo. No se conserva de sus canciones mas que una tradición,

el recuerdo de una victoria alcanzada sobre los normandos (A. 884) por Luis, hijo de Luis el Tartamudo. Dice así: «He conocido un rey, llamado señor Luis, que servía á Dios de corazón, por la cual Dios le recompensaba... Cogió el escudo y la lanza, montó prontamente á caballo y voló á tomar venganza de sus enemigos.» Nadie ignora que Carlomagno mandó recoger las antiguas canciones de los germanos.

La palabra que se usa en los bosques, es desde su nacimiento una palabra completa para la poesía; por lo relativo á las pasiones y á las imágenes no puede decirse sino que degenera al paso que se va perfeccionando. Los bárbaros acompañaban sus cantos nacionales con el sonido del pífono, del tambor y de la gaita. Los escitas en la alegría de los festines hacían resonar la cuerda de su arco. La cítara ó la guitarra era el instrumento que se usaba en las Galias y el harpa en el país de los bretones. El desdeñoso oído de los griegos y romanos no percibía en las diversiones de los francos y los bretones mas que una especie de graznidos de cuervo, sonidos no articulados y sin la menor relación con la voz humana. Después que las naciones del Norte triunfaron, forzoso fue reconocer su armonioso lenguaje y comprender las órdenes que el señor dictaba al esclavo.

Los ritmos militares concluyen con la canción de Rolando, último canto de la Europa bárbara. «En la batalla de Hastings, dice el gran pintor de historia que hace poco he citado, un normando llamado Taillefer se presentó á caballo al frente de la línea de batalla, y entonó el canto de las hazañas de Carlomagno y Orlando, bien conocido en toda la Galia. Al cantar vibraba su espada, y lanzándola con fuerza hacía lo alto la cogía al caer. Los normandos repetían el estribillo ó gritaban: ¡Dios ayuda! ¡Dios ayuda!

Taillefer que muy bien cantaba en un caballo que volaba delante del duque iba cantando del Magnocarlo y de Orlando, de Olivero y su mesnada en Roncesvalles degollada.

(1) «*Taillefer qui mult bien chantout  
»Sor un cheval qui toct about,  
»Devant le Duc about chantant  
»De Karlemagne et de Rollant  
»Et á Olivier et ses vassaux  
»Qui moururent á Roncesvaux.*

Esas rimas son de Wace; pero Godofredo Gaimar da detalles mas largos acerca de la Taillefer. Es curioso observar cómo algunas costumbres se transforman, sin dejar por eso de perpetuarse: el tambor mayor que tira su baston al aire, y lo coge marchando al frente del regimiento, es la tradición del juglar soldado.

Anterior á la batalla de Hastings existe otro testimonio de las provocaciones de una canción soldadesca. Guillermo batió á los franceses (A. 1504) en Mortemer. Uno de los soldados de éste trepó á una encina y estuvo toda la noche cantando.

Dejad el sueño franceses:  
Mejor será que veleis;  
Id á enterrar los amigos  
Que han quedado en Mortemer.

Ese singular heraldo, ¡insultando desde la copa de un árbol al enemigo vencido, presenta un cuadro lleno de verdad acerca de las costumbres de aquel tiempo.

(1) Copiamos el original francés como una curiosa muestra filológica.